

EL TEATRO DE JEAN VILAR

Desde los suburbios, el Teatro Nacional Popular, ha conquistado al público de París.

Cuando en septiembre de 1951 Jean Vilar fué llamado a dirigir el Teatro Nacional Popular, el gran público conocía bien poco de este actor y nada de su Compañía.

Sin embargo, Vilar había ya preparado numerosos espectáculos en los Festivales Dramáticos de Avignon, que desde 1947, regularmente todos los veranos, han ofrecido a un público de apasionados, en un espléndido marco medieval —el patio de honor del famoso palacio de los Papas— lo más escogido del teatro francés y extranjero, entre las obras que desde hace dos o tres siglos no habían sido representadas. Recordamos de estos espectáculos el «Ricardo II» de Shakespeare (1947), «La muerte de Danton» de Buchner (1948), el «Cid» de Corneille y el «Edipo» de Gide (1949), el «Enrique IV» de Shakespeare en el 1950, y «El Príncipe de Homburg» de Kleist y «La Calandria» de Bibbiena en 1951. (1).

Todo el mérito del gran éxito del Festival de Avignon se debe a Jean Vilar, que después de haber creado este Festival con la precisa intención de descentralizar el teatro francés, supo escoger y poner en escena obras nuevas y difíciles y preparó de un modo ejemplar sus actores, escogidos con sumo cuidado. Vilar tuvo indudablemente la suerte de poder alistar en su Compañía buenísimos elementos, tales como el joven, pero ya prestigioso, Gérard Philipe, el inolvidable protagonista de «Le diable au corps» y la graciosísima y delicada Françoise Spira, que en el «Cid» hace una Jimena casi perfecta.

(1) N. del T. — Hay que añadir las obras representadas del 15 al 25 de julio de 1952 que son: en el patio de honor: «Lorenzaccio» de Alfred de Musset y «El Príncipe de Homburg» de Kleist; y en el Jardín de Urbano V, anexo al palacio de los Papas: «El Avaro» de Molière.

Después de la muerte del gran Louis Jouvet, a quien de derecho se había encargado la dirección del Teatro Nacional Popular, la misión fué confiada a Jean Vilar. Así la Compañía del Festival de Avignon viene a ser la T. N. P. Fué entonces cuando Vilar pudo sistemáticamente aplicar el programa de una descentralización del teatro, ya probado con el Festival de Avignon. Confiando en que le podría ser restituído el teatro Chaillot —ocupado por la Asamblea de las Naciones Unidas— Jean Vilar decide organizar «quincenas» de espectáculos dramáticos en varias localidades de los suburbios de París.

La primera quincena, llamada «Pequeño Festival de Suresne», se inició el 17 de noviembre de 1951 en la gran sala del teatro de la Ciudad-Jardín de Suresne, con la representación del «Cid» y de «Madre Intrépida» de Bertold Brecht. Fué un triunfo; sobre todo el «Cid» tuvo aplausos interminables. Gérard Philipe, alcanzó un verdadero acierto al vencer a los muertos y al re-encuentrar a los vivos. Al decir de un crítico, no se había visto un actor semejante después de Monnet-Sully. Al final de la gran escena con la frase famosa: «Chimène, qui l'eût dit! — Rodrigue, qui l'eût crû!», la sala parecía estar cargada de electricidad: la penetración entre el público y los actores era perfecta. Casi para materializar este hecho, Vilar en sus espectáculos cubre el foso de la orquesta y suprime el telón de boca, así los espectadores forman verdaderamente un todo con el escenario.

Otro carácter que subraya la originalidad del Teatro Nacional Popular es la ausencia casi total de decorados. Magníficos son los trajes y está particularmente cuidado el acompañamiento musical de los espectáculos, pero se prescinde de decorado: sólo hay efectos

variados de luces y sombras, obtenidos con reflectores que vienen proyectados sobre las caras y los trajes de los actores. El teatro de Vilar escénicamente se confía tan sólo a los reflectores.

Esta carencia de decorado es un elemento fuertemente indicador de la evolución del teatro. Está lejos el tiempo en que Gaston Baty proclamaba que «su Majestad la Palabra» es nada, y que sólo cuenta el «Espectáculo» dado sobre todo por el decorado. Bajo este punto de vista el Teatro Nacional Popular tiene una especie de compromiso. El encanto visual permanece, gracias a la belleza de los trajes y a los sabios contrastes de sombra y luz, pero los actores recitan de un modo sencillo y verdadero, sin tramoya alguna. De la manera más natural que existe.

Otra originalidad, la música confiada a Maurice Jarre, artista de gran ingenio, acompaña siempre el espectáculo, ora en sordina, ora más fuerte, según se trate de un murmullo «in crescendo» para llegar a unos fuegos de artificio, como en el «Cid», o del ritmo desgarrador de los tambores en el entierro de un oficial en «El Príncipe de Homburg».

Haciendo del teatro de Suresne el primer bastión de lo que debía ser una brillante campaña artística, Jean Vilar, como ya hemos dicho, había querido descentralizar el teatro y ofrecer la posibilidad de asistir a sus espectáculos, a personas de todas las clases sociales, y en particular a aquellos que, por razones económicas o de situación de lugar, están prácticamente excluidos de la posibilidad de frecuentar los teatros.

En el primer programa de Teatro Nacional Popular, Vilar escribe: «Buscamos de reunir en la común pasión por el arte dramático el pequeño tendero de Suresne y el alto magistrado, el simple operario y el agente de cambio, el cartero y el profesor universitario...».

El precio de las localidades del Teatro Popular fué siempre relativamente bajo: osciló entre cien y doscientos cincuenta francos para los mejores sitios, cuando en cualquier teatro de París una butaca de platea cuesta cerca de ochocientos francos. Aun reconocien-

do que para un obrero francés cien o doscientos francos representan una suma considerable, el Teatro Nacional Popular llenó todas las noches, y además, por falta de asientos, se hubo de recorrer a instalar sillas en los pasillos.

¿Qué decir del público? Al principio, al menos, no fué muy «popular»: hileras de automóviles se aparcaban delante del teatro de Suresne, y recordamos haber visto, en aquellos espectáculos, no pocas pieles de visón...

Si ya intervenían en buen número jóvenes entusiastas y estudiantes, los obreros eran aún pocos. Pero, ¿qué importa? El impulso se había dado y Jean Vilar tenía confianza.

Además de las representaciones normales del «Cid» y «Madre Intrépida», Vilar dió espectáculos diurnos para los estudiantes, con precios todavía inferiores, que fueron acogidos con gran entusiasmo.

Pero la iniciativa más curiosa de Jean Vilar en Suresne fueron los llamados «week-end artísticos del Teatro Nacional Popular». Vilar ofrece a los espectadores un programa bien surtido que va del sábado al domingo por la noche: sábado por la tarde un concierto con obras de compositores modernos conocidos... y desconocidos (Honegger, Milhaud, Ravel, André Jolivet, Jean Martinon, Jean-Michel Damase, por citar algunos) con un director de orquesta de primer orden, como Jean Martinon, por ejemplo. Por la noche una cena y después de cenar el «Cid».

El domingo por la mañana una discusión pública en la cual participan actores y espectadores. Jean Vilar dirige estos debates que llegan a ser interesantísimos, demostrando así la seriedad con que la gente del pueblo comprende el teatro. Acabado el coloquio de la mañana, el almuerzo, y por la tarde la segunda representación, por ejemplo «Madre Intrépida». La cena, y al fin un baile que reúne todos los espectadores y los actores. El precio total de este «Week-end dramático popular», comprendidos los tres ágapes, es de mil doscientos francos. La iniciativa le ha costado a Vilar el mote de «Padre intrépido»!

(Continúa pág. 186)

El teatro de Jean Vilar (Sigue de la pág. 183)

Después del gran éxito del experimento de Suresne, Vilar llevó el T. N. P. a Clichy en la periferia de París, y también allí obtiene un buen éxito. Después fué la vuelta por la ciudad de Caen, en Normandía, iniciando así la primera representación en provincias.

Después una *tournee* por Alemania (Nuremberg, Augsberg, Karlsruhe, Baden-Baden) y por otras ciudades de Bélgica y Holanda, un giro por Lyon, otras ciudades de provincias, y de nuevo en los suburbios de París, en Genevilliers, donde fueron reemprendidos los «Week-end artísticos» del T. N. P.

A fines de febrero, Vilar está en el corazón de París, en el teatro de «Champs-Élysées», para presentar al público de la capital «El Príncipe de Homburg», en un espectáculo que por la magnificencia de los trajes y por los efectos de luz resulta una verdadera fiesta escénica. El ritmo plástico y musical de esta representación se remonta a las más altas tradiciones del pasado. Los estupendos trajes, diseñados por el pintor Leon Gischia, no son simples vestimentas sino un elemento esencial del juego dramático como el gesto, la voz, la música.

Otro elemento bastante interesante de esta puesta en escena tan fuera de lo vulgar, es la música: en «El Príncipe de Homburg» —explica Maurice Jarre— ésta tiene una doble función: Ante todo en la presentación de los personajes, es el elemento concreto; después,

y es el elemento irreal, tiene una función afectiva, destinada sobre todo a interpretar el estado de ánimo y los sueños del Príncipe... Conservaremos por mucho tiempo el recuerdo del ruido del tambor que esconde tras los bastidores la suerte alterna de la batalla de Fehrbellin, una batalla que no se enseña, pero que literalmente vemos, pues tanta es la evidencia con que nos es sugerida por el efecto combinado del ritmo de la música y del recitado de los actores.

Un éxito parecido es la clara prueba de la bondad de la teoría artística del Teatro Nacional Popular. Actualmente Jean Vilar tiene en Francia la importancia que tuvieron un Reinhardt en Alemania o un Stanislavsky en Moscou.

Pero no nos enfrentamos solamente con teorías artísticas. Vilar ha tenido el gran mérito de hacer representar Corneille, Brecht o Kleist, arreglando espectáculos nuevos y fascinantes. No han faltado los ataques, más o menos violentos; se le ha acusado de demagogia, además se ha querido demostrar que su teatro «popular» está nutrido por un intelectualismo aristocrático y doctrinario. La respuesta más elocuente es el éxito obtenido hasta aquí. El gran público no se engaña. Aquello a que aspira Jean Vilar es a un teatro verdaderamente popular y esta meta puede decirse está ya casi alcanzada.

Jean-Michel Bruner

(Traducción de Jaime Aguadé)

SERVICIO METEOROLOGICO del CENTRO DE LECTURA - Resumen del mes de Agosto 1953

	Máxima	Día	Mínima	Día	Promedio	Desviación de promedio de este mes.
Temperatura (en grados C.)	35	7	21	23	25'8	+ 0'9
Presión atmosférica (en mm. de mercurio). . .	765	5	758	21	761'8	+ 0'1
Velocidad del viento (Km. recorridos en 24 h.)	153	22	26	1	84	- 97'5
Humedad relativa (% de saturación)	96	1	47	6	76'6	+ 0'3
Evaporación (en mm.)	9	5	2'4	27	4	- 2'5
Horas de sol eficaz	11	5	0	25 y 27	7	- 0'28
Visibilidad horizontal (en Km.)	35	1	10	varios	20'5	- 3'6
Lluvia	28 litros por metro cuadrado en 1 días de lluvia apreciable					

Máxima precipitación 28 litros el día 4.

Desviación del promedio en este mes — 8'9 litros.